

Habladores enmascarados y narrativas etnográficas: Una aproximación a *El hablador* de Mario Vargas Llosa

Katherine Anson
The University of Arizona

James Clifford en *Escribiendo la Cultura* (1986) plantea la ficción como una herramienta antropológica desde la cual se construye conocimiento. El autor se refiere a las narraciones etnográficas. De acuerdo con Clifford, el etnógrafo es un creador de ficciones, ya que en sus cuadernos construye nuevos mundos para representar lo que está siendo observado. En este sentido, las figuras del etnógrafo y el novelista son dos entidades equiparables, dado que las dos reconstruyen mediante un sistema simbólico la realidad y lo hacen desde una técnica compartida: la imaginación del otro. Según el autor, en la narrativa latinoamericana son claramente identificables las estructuras discursivas derivadas de la etnografía, y propone como ejemplos las obras de Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara* (1929) y de Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo: civilización y barbarie* (1845); obras en las cuales existe un narrador-etnógrafo multisituado que describe la realidad de los otros y da cuenta del conflicto entre las partes representadas (40). En 1987, el escritor peruano-español Mario Vargas Llosa publicó su primera novela en tratar la temática de lo indígena: *El hablador*. La obra se centra en la descripción de una tribu indígena no occidentalizada de la amazonía peruana. Desde dos narrativas paralelas, la de un joven escritor en Florencia y la de un hombre primitivo amazónico: un hablador machiguenga. La novela introduce dos representaciones diferenciadas de ese “otro” indígena. Este ensayo analiza las dos visiones de lo indígena expuestas en *El hablador*, la perspectiva anti-indigenista y la visión preservacionista, identificando las estructuras narrativas etnográficas presentes en los dos relatos. En primera instancia se expone la relación de los dos enfoques con las técnicas de observación etnográfica, y posteriormente se analizan como mecanismos de representación, resaltando el debate que propone la obra en cuanto a la imposibilidad antropológica científica de interpretar una cultura, y la subjetividad que implica la relación objeto estudiado y sujeto observador.

Escritores, habladores y observadores etnográficos

Roberto González Echevarría argumenta que la literatura permite una representación etnográfica válida del otro (23). Según el autor, a partir del segundo decenio del siglo XX el discurso antropológico, como relato científico occidental dominante, influyó en las formas y contenidos de la narrativa latinoamericana. El propósito de la etnografía como técnica de la antropología se desplazó a la literatura como mecanis-

mo para crear un conocimiento de la naturaleza, de lo primitivo y de ese otro desconocido no occidentalizado. Desde esta perspectiva, *El hablador* de Vargas Llosa nos introduce a una representación de lo indígena íntimamente construida desde las técnicas etnográficas de observación, recolección y registro de datos. La obra se constituye en un informe antropológico, en un diario de campo, que desde la perspectiva de Gonzáles Echavarría, busca descubrir el origen y los sistemas sociales de las culturas latinoamericanas primitivas y su relación con el mundo occidental.

Al igual que en la etnografía en *El hablador* encontramos dos tipos de observador que se constituyen en los narradores de la cultura machiguenga: un observador narrador directo participante y un observador narrador indirecto no participante. El joven escritor en Florencia representa un observador etnográfico indirecto, quien relata lo indígena desde la distancia por medio de informes y testimonios de otras personas. “Vine a Firenze para olvidarme del Perú . . . Y he aquí que el malhadado país me salió al encuentro” (13). Desde Italia, y después de ver una fotografía de Gabriele Malfatti, donde aparece la imagen de una tribu Machiguenga, el joven escritor periodista decide estudiar y relatar sobre las prácticas del grupo humano amazónico. Por su parte, el narrador machiguenga, el hablador inmerso en la tribu quien participa de las dinámicas del grupo, se constituye en un observador participante no obstrusivo, “que se enmascara y disimula ser uno de los miembros de la comunidad para lograr dar cuenta de la cultura desconocida” (Sevilla 6) En el último capítulo, la obra establece que el hablador machiguenga es Samuel Zuratas, quien “decidiera renunciar a un porvenir burgués e irse a la Amazonía . . . Cambiar de piel, de nombre y de costumbres” (265). Un observador occidental incógnitamente se

introduce a un grupo humano desconocido, si-ente y vive su cultura para narrar desde allí su mitología y modos de vida. La obra de Vargas Llosa expone una representación de ese otro indígena desde dos observadores: un escritor occidentalizado que construye un discurso científico desde la distancia y un hablador occidental que se enmascara como machiguenga para contar lo indígena desde la tradición oral, la mitología y los sentimientos de su gente.

Los dos tipos de narrador-observador en *El hablador*, al igual que en la etnografía, construyen el conocimiento de lo machiguenga desde formas distintas de recolección y presentación de los datos. El escritor que observa desde la distancia edifica el conocimiento del grupo humano amazónico mediante la consulta documental, pequeñas visitas al campo de estudio sin interacción con el objeto estudiado y con la ayuda de informantes, “casi no habían sido estudiados. Salvo un pequeño libro, publicado por un Dominicó, el padre Vicente de Ceni-tagoya...” (*El hablador* 94). Constantemente, el joven periodista hace referencia a documentos escritos para expresar su perspectiva de la cultura machiguenga. En las visitas que el narrador hace al Amazonas no se registra interacción con los miembros de la cultura nómada, sino un contacto directo con científicos, antropólogos, etnólogos y lingüistas. Refiriéndose a su primera visita al Amazonas en 1958 el narrador señala: “estuvimos primero en Yarinacocha, conversando con los lingüistas” (84). Debido a la ausencia de contacto con la tribu, el joven escritor recurre frecuentemente a conversaciones con amigos antropólogos o científicos sociales, quienes han tenido experiencias con los machiguengas, para construir su discurso. La existencia del Dios Tasirunchi y el mito alrededor de éste en los machiguengas se establece en el narrador no participante gracias a “lo que los Schneil habían

podido averiguar de su mitología” (96). En el narrador indirecto-no participante la interpretación de lo indígena no se hace desde fuentes primarias, como los propios machiguengas, sino desde fuentes secundarias, tales como testimonios de científicos, fotografías y documentos. Por el contrario, el narrador participante da cuenta del modo de vida machiguenga desde la información recogida durante los diálogos con los miembros de la tribu; al terminar los relatos sobre el grupo indígena el hablador afirma: “Es lo que dice Tasirunchi . . . Es, al menos, lo que yo he sabido” (48). La formación del discurso sobre lo indígena se hace desde el interior de la tribu, desde los relatos y experiencias de sus miembros. En este sentido, el discurso que presenta el narrador no participante para leer la cultura se hace desde fuentes científicas y la posibilidad de las instituciones académicas de probar y validar su veracidad. Tal como lo plantea Jorge Marcone, el autor busca el “punto de vista de lo nativo: en los libros, la biblioteca y los museos” (186). Por su parte, el relato del observador interno se levanta desde la experiencia humana y el simbolismo de las interacciones sociales como mecanismo de interpretación de una cultura.

De la misma forma que los dos tipos de observador-narrador presentan formas diferenciadas de recolectar la información para construir el conocimiento de lo indígena, la forma en que los datos son presentados también varía dependiendo de la situación del narrador respecto al objeto estudiado. De esta manera, el joven novelista refleja en su relato un discurso científico; la información se presenta como una narración autobiográfica elaborada con datos históricos y reportes antropológicos, y escrita desde la cuna de la civilización europea: Florencia. Sara Castro-Klarén sugiere que en la novela de Vargas Llosa la narración del joven escritor intenta la inscripción del discurso letrado (186).

El relato de los machiguengas e plantea como un proyecto literario, el cual está lleno de citas etnográficas y se centra más en el oficio de escribir que en el objetivo de representar una cultura. Misha Kokotovic plantea que en *El hablador* el discurso occidental del joven novelista es insuficiente para representar la realidad de los indígenas machiguengas y que la figura del hablador enmascarado se constituye en la solución para narrar la intimidad machiguenga de una forma más auténtica (455). En este sentido, el narrador-observador participante reproduce una cultura oral, que se puede percibir en un relato que transcribe exactamente el mito escuchado. Al igual que el etnógrafo-participante, la narración del hablador imita, mediante la transcripción, aquello que se escucha. “Recuérdale que es el diablo que hace < ¡achís!>” (*El hablador* 64). La narración del hablador ofrece una ilusión de oralidad al lector. El relato recrea el mito mediante un lenguaje que usa términos de la oralidad indígena: imita los sonidos de la naturaleza, posee una musicalidad, está lleno de redundancias, diminutivos y no posee conectores entre frases. Jorge Marcone sugiere que el hablador presenta un español indígena artificial caracterizado por el uso del loísmo, leísmo, la utilización del “pues” enfático, pleonasmos con el objeto directo y ciertas formas de hipébaton (176). Similarmente, el orador recurre a un discurso inmediato, diálogos y soliloquios que no son introducidos por ninguna persona que le ceda la palabra al personaje. La introducción del orador es hecha por el acto de hablar y la temporalidad de la narración sugiere un uso constante de la voz: “Así como ustedes ahora me reía” (139). De esta forma, los dos tipos de narrador en *El hablador* contraponen el discurso científico occidental y la oralidad como formas de representación de lo indígena machiguenga. El observador no participante construye un relato antropológico

interpretativo, que plantea contradicciones epistemológicas y conflictos con las fuentes de información. El relato se acerca al mundo indígena interponiendo el velo de las disciplinas científicas, a las cuales recurre constantemente para interpretar a los machiguengas. Por el contrario, el narrador participante le da voz a lo indígena. La cultura nativa americana es narrada como una experiencia vivida que acerca al lector a lo que Malinowski denomina, en su esfuerzo por definir una etnografía más objetiva, el “punto de vista del nativo”. El hablador plasma una sociedad mítica y mágica que contrario a la ciencia no posee secuencias de causa y efecto, y depende de la voluntad de un ser imaginado.

De narradores, perspectivas de lo indígena y el debate de la objetividad

Jorge Marcone citando la teoría de la distancia de las voces narrativas de Susana Reisz, propone que en *El hablador* la separación entre ambas instancias discursivas en relación con el objeto representado sugiere un recurso retórico que debate la objetividad con la que se representa ese otro indígena (168). ¿Qué observador-narrador representa de forma fidedigna la cultura machiguenga? En primera instancia podría decirse que el observador participante. Sin embargo, cuando al final de la novela el joven periodista revela que el hablador es producto de la ficción, la obra sugiere que no existe una representación real del otro. Ambas narrativas, participante-enmascarada y no participante, son una ficción. La novela presenta una crítica a los sistemas occidentales de representación de la realidad (Booker 556). Esta crítica se hace mediante la desmitificación de lo indígena que realiza el narrador no participante en su discurso científico occidental anti-indigenista y en la falsedad del personaje orador que exalta la vida nativa, la naturaleza y el mito. En este sentido, la obra

ofrece desde dos acercamientos etnográficos dos perspectivas de lo indígena, una visión progresista y una visión preservacionista; las cuales son deconstruidas para sugerir que todo método de representación, sin importar la distancia que separe el observador y el objeto, esta mediado por subjetividades que condenan a la idea del “otro” a ser una ficción. Tal como lo plantea Terry J. Peavler, a través de un simulacro de una representación etnográfica de los machiguengas la obra introduce un juicio a la oposición verdad/ficción en el discurso antropológico peruano (43). De esta forma, la contraposición de los tipos de observador-narrador y sus perspectivas contestan la clásica construcción antropológica donde lo indígena es presentado como objeto y el científico occidental como sujeto.

José Andrés Rivas en *El hablador* de Mario Vargas Llosa: “Querer escribir como hablo” propone que la figura del joven escritor en la novela representa una interpretación analítica, desmitificadora y racional de lo indígena (2). El escritor aterriza la cultura machiguenga al mundo occidental; la ubica en un panorama global y la relaciona con el desarrollo del Perú para sugerir que la idealización y la visión regionalista de lo indígena es una invención de algunos científicos y de algunos movimientos sociales. El joven periodista hace una contextualización de lo indígena al mundo occidental racional usando una perspectiva anti-indigenista. Lo indígena constituye para el narrador no participante un obstáculo que impide el progreso de la nación peruana: “si el precio del desarrollo y la industrialización, para los dieciséis millones de peruanos era que esos pocos millares de calatos tuvieran que cortarse el pelo, lavarse los tatuajes y volverse mestizos, pues qué remedio” (31). El narrador establece su posición representando lo machiguenga como minoría primitiva, salvaje y atrasada, como un problema para el desarrollo

del Perú. Antonio Cornejo-Polar señala, respecto a los imaginarios de lo indígena en *El hablador* que el narrador autobiográfico anónimo establece una devaluación de lo indígena frente al modo de vida del Perú occidentalizado (25). De esta manera, en la descripción de una visita a un caserío machiguenga, el narrador se refiere a los indígenas como aquellos “nómadas, irracionales y animistas que fracturan al Perú” (*El hablador* 85). Más adelante recreando las personas que pueblan las calles de Lima el autor identifica a los indígenas como zombies y caricaturas. El relato deconstruye el valor de lo indígena que exalta el hablador por medio del mito y la oralidad, y los propone como una línea divisoria que estanca los procesos de una nación. Según la perspectiva del narrador no participante, debido al espíritu de tribu de los indígenas amazónicos el Perú no explota la totalidad de sus recursos naturales y por ende no se integra como proveedor principal de materias primas a una economía global. Desde la cuna de la civilización occidental, el joven escritor propone que el desarrollo y la industrialización del Perú requieren de la renuncia al componente indígena. Para el joven escritor el espíritu de la tribu, los modos de vida primitiva basada en una cosmogonía mítica irracional y una organización social no colectiva, no son elementos de admiración; por el contrario, son obstáculos que impiden alcanzar la modernidad y la integración homogénea de los individuos a un mercado global. Mediante la deconstrucción de lo indígena como cultura ideal, el narrador no participante sugiere que la interpretación indigenista de las tribus amazónicas que relata el hablador (observador-participante) es una invención. El joven periodista en su relato describe a los miembros de la tribu machiguenga como seres no sociales y entidades humanas que no conforman la colectividad: “era probable que jamás hubieran vivido de manera gregaria, en comuni-

dades” (95). El narrador no participante sugiere que las prácticas y la estructura social indígena son inferiores al modo de vida occidental: “¿...te parece que la poligamia, el animismo...representan una forma superior de cultura?” (34). Similarmente, todos los machiguengas comparten el mismo nombre, lo que sugiere una carencia de identidad individual y conciencia social de los individuos. El indígena que presenta el escritor es un ser salvaje, atrasado, violento, irracional y asocial; características que desmitifican el carácter armónico, colectivo y edénico que el indigenismo le atribuye a las culturas primitivas americanas. Los componentes de la narrativa del periodista sugieren una aproximación al otro indígena condicionada por sistemas metropolitanos de significado y relaciones de poder que se contraponen a una visión regionalista (Standish 45). El discurso propone que el indígena mítico contador de historias, es una representación regional mediada por la pasión del amor a la tierra y a lo primitivo; mientras que el indígena asocial del escritor es una proyección atravesada por los sistemas occidentales de representación. De esta forma, la narración científica occidental descalifica la narración indigenista del hablador; ya que ésta se construye a partir de una mitología basada en hechos sociales no verificables, y desde los sentimientos subjetivos del observador participante.

De la misma manera que la narración del escritor cuestiona la subjetividad del acercamiento regionalista indigenista que presenta el hablador, la novela debate la subjetividad implícita en el acercamiento progresista occidental de lo indígena. Terry J. Peavler expone que en la obra de Vargas Llosa el discurso del joven escritor sobre los machiguengas es construido a partir de sistemas occidentales de representación, tales como: la fotografía, la televisión, el video y los documentos escritos; los cuales son incapaces de retratar la historia colectiva y mitológica de los

indígenas (44). En el relato del joven escritor, observador no participante, la representación de lo indígena se hace desde la visión de un discurso dominante central que se desplaza hacia la periferia; y que se piensa como superior limitando la interpretación de la realidad indígena. Sergio R. Franco, académico de la Universidad de Pittsburgh, sugiere que en el acercamiento que hace el escritor a los machiguengas, los símbolos occidentales como la fotografía se imponen con inmediatez en el análisis, “se aceptan como un análogo mecánico de lo real” (4). En este sentido, el narrador, observador indirecto, inventa una realidad indígena mediante un sistema occidental de significados. Le concede vida a las fotos de los indígenas periféricos desde un discurso dominante. Por ejemplo, cuando el narrador describe la silueta de un hombre en la fotografía de Malfatti, lo hace animando una imagen muda; le da significado y contexto a la foto desde sus percepciones: “todas las caras se orientaban moviendo los brazos...hablaba moviendo los brazos” (16). El escritor le atribuye a la fotografía características que no le son propias, tales como el hablar y el moverse. El joven escritor, como observador no participante, imagina una situación desde su experiencia individual para explicar los componentes de la imagen. Esta intención del narrador de organizar lo nativo sugiere la existencia de un discurso colonizador superior occidental que intenta categorizar, estereotipar y dominar al indígena de la periferia mediante la forma en que lo describe y lo imagina. De esta forma, el discurso del narrador occidental, basado en la ciencia y en el uso de instrumentos que buscan reproducir la realidad, está mediado por la subjetividad del sistema occidental de significación. Un sistema que intenta entender al otro indígena como un objeto inferior que se opone a su carácter de sujeto observador, desde un sistema de códigos inconsistentes con la realidad indígena.

El debate que propone la novela sobre la incapacidad de la ciencia y las técnicas antropológicas, como la etnografía, de representar objetivamente lo indígena se agudiza cuando el narrador revela la identidad occidental del hablador. Mediante la presentación de la falsedad del orador nativo que rescata el mito y el origen de la tribu amazónica, la novela propone que el indigenismo y las interpretaciones de la cultura machiguenga son una ficción. Creaciones de la antropología, la etnografía y el discurso occidental. Kokotovic sugiere que en *El hablador* el personaje de Saúl Zuratas transformado en un orador nativo representa la máscara a la que recurre el antropólogo occidental cuando su investidura de observador científico distante le es insuficiente para interpretar una cultura (255). Cuando el método puramente científico y el discurso occidental son incapaces de entender el mundo amazónico indígena, la figura del hablador como espía se filtra en las entrañas de lo indígena para proveer una lectura desde el interior. Sin embargo, esta visión interna es producto de la narrativa y capricho del científico occidental, lo que lleva a comprender el carácter no transparente de toda escritura etnográfica. Tal como lo plantea Castro-Klaren, el discurso del etnógrafo es el simulacro de un deseo, y su carácter de verdad no es nada distinto de aquel que teje mediante la ficción el novelista (47). Los machiguengas que el mundo conoce son el resultado de la invención del discurso dominante interpretativo de occidente: antropólogos, indigenistas y liberales. El etnógrafo que se sitúa como sujeto, pertenece a una cultura caracterizada por la existencia de escritura, historia, identidad y estructuras sociales. Las oposiciones a estas características culturales definen el objeto de estudio del etnógrafo: lo salvaje, lo primitivo, lo iletrado y lo carente de identidad. En este sentido, se establece una relación de poder que

contamina la interpretación de las culturas indígenas y conlleva más bien a una “invención de las culturas”. Saúl Zuratas, por ejemplo, aunque se convierta en un machiguenga, interpreta la mitología y el modo de vida de la tribu desde las ideas judeo-cristianas y las influencias de Kafka. De esta manera la novela sugiere que el sistema de valores y significados de una cultura son inaccesibles, y los esfuerzos por codificarla no son más que el reflejo de la ansiedad de la ciencia por apoderarse del “otro”; una ansiedad que conlleva al joven escritor a inventar un hablador. La novela propone que la representación de lo machiguenga, ya sea desde una visión interna regionalista indigenista o una perspectiva distanciada, son narrativas de ficción que responden al deseo subjetivo de interpretar a ese “otro” concebido como objeto.

Mario Vargas Llosa, ganador del premio Nóbel de literatura en el 2010, presenta en *El hablador* una crítica a las formas en que los sistemas de representación occidentales han interpretado a los grupos indígenas peruanos. Argumentado que no existe una forma transparente y veraz de comprender el mundo nativo americano, el autor reflexiona sobre la problemática de la escritura del otro; y propone la existencia de una relación de poder que condiciona la forma en que lo indígena es simbolizado. De esta manera, Vargas Llosa quien según el comité del premio Nobel recibió el reconocimiento por “su cartografía de las estructuras de poder y de sus imágenes mordaces de la resistencia del individuo, la rebelión, y la derrota” (nobelprize.org), cuenta en *El hablador*, la historia de un pueblo que interactúa con los intentos de colonización y conquista del mundo dominante occidental. Por medio de dos narradores en distintos niveles diagéticos, donde el personaje indígena es la creación del personaje occidental y al final de la historia se revela como no nativo, el autor propone

el carácter dominante del poder de occidente y la posición de dependencia de las minorías sociales indígenas ante una fuerza globalizadora y progresista. La novela acude a las técnicas narrativas de la etnografía como vehículo de juicio al discurso occidental dominante de la antropología y sus escrituras. Tal como lo plantea Castro-Klaren, Vargas Llosa propone que la escritura antropológica es una construcción cultural, una maraña de redes políticas y poéticas que se sitúa en las fronteras de dos civilizaciones, junto con su distinción de clase, raza y género (39). *El hablador*, mediante el uso de las narrativas etnográficas sugiere que el texto antropológico es un intento de conjugar y hacer frente a la tensión entre dos sistemas culturales. Sin embargo, en este proceso el discurso occidental cae en la dinámica novelística de la invención de las culturas. El personaje de Saúl Zuratas es el símbolo de la ficción del científico occidental en las representaciones de lo indígena. Las perspectivas indigenistas y progresistas occidentales de lo nativo americano son invenciones, como el caso del joven escritor quien construye el otro, el hablador machiguenga, desde su propio sistema de conocimiento. Finalmente, aunque críticos como Castro-Klaren, Catherine Poupene-Hart y Emil Volek han señalado a *El hablador* como una novela que le da voz a lo indígena y expone una conjugación de dos sistemas de representación, el uso de las narrativas etnográficas en Vargas Llosa propone un fuerte argumento a favor de la asimilación, aculturación, y desaparición de las culturas indígenas. Kokotovic sugiere que la estructura de los relatos en la novela, desde dos observadores etnográficos occidentales, privilegia la posición del narrador escritor no participante que da cuenta de la visión externa a la dinámica indígena (453). Según el autor, esta autoridad en el relato es evidente en la dependencia de los capítulos del hablador de

la contextualización que ofrecen los capítulos del joven escritor (453). Para entender al hablador, es necesario tener el marco de referencia de la información del observador no participante. En este sentido, la novela propone que si bien la representación de lo indígena es una invención desde cualquiera de sus enfoques, existe una estructura de poder que subordina el mundo machiguenga a la voz del narrador occidental. Tal como ocurre en la narrativa novelística y en los cuadernos etnográficos, la voz del hablador machiguenga no es más que un reflejo construido por el escritor. Una interpretación subjetiva, dentro de los agitados intentos por obtener objetividad, por apropiarse y representar a ese otro concebido como marginal dentro de la cultura occidental.

Obras Citadas

- Booker M. Keith. *Vargas Llosa Among the Postmodernists*. Gainesville: UP of Florida, 1994. Impreso.
- Castro-Klarén, Sara. *Understanding Mario Vargas Llosa*. Columbia: S.C University of South Carolina Press, 1990. Impreso.
- Clifford, James, George E. Marcus, y José L. Moreno-Ruiz. *Retóricas de la antropología*. Madrid: Júcar, 1991. Impreso.
- Cornejo-Polar, Antonio. "Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes En el Perú moderno." *Revista Iberoamericana*. 62 (1996): 837. Impreso.
- Franco, Sergio R. Tecnologías de la representación en *El hablador* de Mario Vargas Llosa. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 56 (2002): 273-76.
- González, Echevarría R. *Mito y archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. Impreso.
- Kokotovic, Misha. "Artículos - Mario Vargas Llosa Writes Of(f) the Native: Modernity and Cultural Heterogeneity in Peru." *Revista Canadiense De Estudios Hispánicos*. 25.3 (2001): 445. Impreso.
- Marcone, Jorge. "La oralidad escrita. Sobre la reivindicación y re-inscripción del discurso oral." *Revista De Crítica Literaria Latinoamericana*. 24.48 (1998): 280-282. Impreso.
- Peavler, Terry J. *Individuations: The Novel As Dissent*. Lanham, MD: University Press of America, 1987. Impreso.
- Peavler, Terry J, y Peter Standish. *Structures of Power: Essays on Twentieth-Century Spanish-American Fiction*. Albany: State University of New York Press, 1996. Impreso.
- Poupeney-Hart, Catherine. *Variaciones modernas en torno a la crónica de Indias*. Montréal: Service des publications G.R.A.L., 1989. Impreso.
- Rivas, José A. "Mario Vargas Llosa: querer escribir como hablo". *Introducción a la narrativa contemporánea*. Santiago del Estero, R. Argentina: Dirección Gral. De Cultura de la Provincia, 1978. Impreso.
- Sevilla, Elías. "Curso de diseño etnográfico". Notas de clase. Cali: Universidad del Valle, 2002. Impreso.
- Standish, Peter. "Contemplating Your Own Novel: the Case of Mario Vargas Llosa." *Hispanic Review*. 61.1 (1993): 53-63. Impreso.
- The Nobel Prize. *The Nobel Prize in Literature 2010*. , n.d. Web 29 Abril. 2011. Dirección URL: http://nobel-prize.org/nobel_prizes/literature/laureates/2010/
- Volek, Emil. *Literatura hispanoamericana entre la modernidad Y la postmodernidad*. Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994. Impreso.